

aquellas palabras desconsoladoras del moribundo, como si las hubiese dicho una voz muy fuerte, con un inmenso grito que cubriese el ruido del Océano: — ¡Oh, hijo mío! ¡pobre hijo mío!

Cayó el cuerpo, desapareció en las tinieblas, haciendo un remolino profundo. Entonces los marineros cerraron rápidamente la porta, y, como sombras, desaparecieron todos por un lado y otro. Antes que hubiéramos vuelto á popa, el buque proseguía su camino, y el pobre viejo seguía ya muy lejos de nosotros su descenso solitario hacia el abismo.



XVI

LA JORNADA DEL DIABLO

Si es verdad que en toda navegación larga hay una que se llama «jornada del diablo», en que todo va de mal en peor, y el barco se convierte en un infierno, creo yo que el *Galileo* tuvo la suya al día siguiente de aquel entierro, al menos en sus tres cuartas partes, porque, gracias al cielo, no acabó como había empezado. Algo pudo contribuir á ello aquella muerte á bordo, el saber que hacía dos días se andaba poco y con mar feo, semejante á una inmensa placa de platino, la cual reflejaba una bóveda de nubes sin color, de la que parecía que llovían dilatadas llamas de fuego como sobre los blasfemadores del infierno dantesco. Pero todo esto no basta á explicar semejante jornada, y tenemos que admitir una misterio-

sa influencia del trópico de Capricornio, que se debía pasar dentro de veinticuatro horas.

*
**

Apenas desperté, sentí que el aire estaba cargado de electricidad: una explosión de celos de la camarera genovesa excitaba de tal modo su pasión, que estallaba en gritos por los corredores contra el infiel Ruy Blas, repitiéndole cien veces el nombre del negro animal, sin consideración á nadie, y como si se hallase á la sazón en medio de la plaza Cargamento; con trabajo llegó el agente de cambio á hacerle cerrar la fuente de los insultos, amenazándola con dar parte al comandante. Subo arriba y me encuentro al capitán fuera de sí, agitando en el aire un papel, preguntando al comisario, y amenazándole con pisotearle las tripas á él y á los cuarenta y siete. Poco antes le habían entregado una carta firmada por los cuarenta y siete pasajeros de tercera, los cuales se quejaban del alimento, solicitando especialmente «mayor variedad en la provisión de los platos de carne», que era siempre la misma, *lo cual*, decía la protesta, *debe cesar*. La protesta había sido promovida por el viejo toscano del gabán

verde, y estaba escrita en una hoja de papel que denunciaba un instintivo aborrecimiento al lavabo en todos cuantos la suscribían; cosa que exasperaba hasta lo increíble la cólera del capitán, que sospechaba en esta *porquería* una intención de ofenderle, y quería hacer un ejemplar. Entretanto ordenaba una información. Además, el comisario le contaba que durante la noche no se sabía qué pasajeros de tercera habían cortado con las tijeras el vestido de seda negra de aquella cierta señora, sin motivo alguno, puramente por maldad, y que esta vez la pobre señora, tímida y paciente hasta aquel día contra todo género de groserías, había perdido su mansedumbre habitual y había corrido á pedir justicia, sollozando, sofocada por la angustia y por la ira. Tratábase de descubrir á los culpables. Y no era esto solo. No se sabía quién, por no verse en la necesidad de ir á beber en los grifos, y obligar á los marineros á servir el agua á cada uno, había hecho pedazos todas las emboaduras de los depósitos del agua dulce. Pero estaban ya sobre las huellas de los culpables, y se trataba de señalar el castigo. El día empezaba mal.

*
**

Subí sobre cubierta, donde estaban casi todos los pasajeros con caras de gente que ha pasado

la noche sobre espinas. Las antipatías recíprocas habían llegado hasta aquel último límite que separa el silencio despreciativo de la injuria desembozada. Pasaban unos al lado de otros sin saludarse. La misma «domadora», que hacía unos cuantos días vivía en una especie de efervescencia de amor materno hacia todos, estaba ahora aparte, abatida, como si en el corazón se le revolciera todo el Chartreuse de su despensa secreta. El genovés vino hacia mí, con cara cruel, y, mirándome con su único ojo, me dijo de mala manera:

—¿Sabe usted lo que hay de nuevo esta mañana? Pues nada. Que se ha roto la máquina, y el marinero se ha cortado una mano. Es la segunda vez. ¡Es una infamia!

Estaba negro; hizo ademán de alejarse, pero volvió pies atrás y me preguntó mirándome de reojo:—¿Y aquella fritura de ayer noche?

Y, sonriéndose con ironía, se alejó. También mi vecino de camarote, apoyado en el palo de mesana, estaba más trastornado que de costumbre, y todo en su rostro y en sus ropas indicaba que había pasado la noche sobre cubierta para evitar el tormento de su carcelero. Hasta los dos esposos, sentados uno junto á otro en un sofá de hierro, afectaban cierta expresión de aburrimiento y permanecían mudos como si por vez primera se sintieran cansados é irritados

contra aquel lecho de Procusto, en que se les obligaba á estudiar el español en tres semanas.

Que sonrieran, no había allí mas que la señora argentina, vestida con un lindísimo traje verde oscuro, cuyos colores se reflejaban, como en un espejo, en el rostro de la madre de la pianista; y la señorita de Mestre, que andaba dando vueltas, con una carita dulce y melancólica y un papel en la mano, buscando dádivas para el campesino de las calenturas y su mujer, con el fin de que no llegasen á América sin ropas ni zapatos.

Y era cosa que daba lástima por ella ver los rostros fríos y casi huraños con que la recibían, y con qué modales descorteses después de charlar mucho, escribían su nombre la mayor parte. Pocos hablaban, y estos pocos se comprendía, por sus oblicuas miradas, que decían pestes de todo y de todos con la acritud de la gente que tiene alterados los nervios. Oíase, entre otros, al molinero, que se lamentaba de que á bordo de un barco como aquel se permitiese á los pasajeros subir sobre cubierta en zapatillas, y señalaba con los ojos al sacerdote napolitano, que arrastraba con los pies dos verdaderas góndolas de Venecia, con las cuales se acercaba por detrás de la gente, sin ser oído, como un espectro, y cuando menos lo esperaban, cosa que á más de uno molestaba. El descoco de aquel rene-

gado come-harinas me hizo volver la espalda á toda aquella antipática compañía. Y me fuí á proa.

Pero lo que aquí me encontré fué peor. La sofocación y el hedor habían arrojado fuera á todos; nunca allí se había visto tanta gente; desde la cocina hasta la punta de proa había una muchedumbre densa, y todos inquietos como si aguardasen algún acontecimiento, y extraordinariamente desgreñados, descompuestos en su vestir y sucios como si no hubieran dormido en varios días. Veíase que todos estaban ya hasta la coronilla del mar, del buque, de la cocina y del reglamento, y que habría bastado muy poca cosa para sacarlos de quicio. Nadie jugaba, no cantaba nadie. Hasta el grupo del buen humor, en el castillo central, estaba mudo; el campesino chato dormía, el cocinero enciclopédico se paseaba solo, el álbum pornográfico del portero no tenía lectores; sólo el barquero véneto dejaba oír de cuando en cuando su aullido lamentable de perro ladrando á la luna, con el cual expresaba, al parecer, el sentimiento común de aquella multitud. Y los emigrantes agrupados hacia popa miraban la puerta del salón y á los pasajeros de primera con ojos más torvos que de costumbre, en los cuales se leía que aquella mañana habrían hecho algo peor que hablar de las mudanzas.

Porque, después de todo, nosotros éramos quienes les robaban parte del barco, ocupando, aunque no éramos mas que ciento, tanto espacio como ellos, que eran todo un pueblo; nosotros éramos quienes engullían aquellos platos finos que ellos veían pasar sobre la plazoleta dos veces al día, y cuyo olor les daba en las narices; y por nosotros corrían y se afanaban todos aquellos camareros vestidos de negro, mientras á ellos se les obligaba á arreglarse las escudillas en las artesas y tender la mano en la cocina, como mendigos. Y, en el fondo, tenían disculpa. Nosotros hubiéramos mirado con igual despecho... ¿igual? peor tal vez, á una clase privilegiada, si la hubiese habido, de pasajeros millonarios, hartos de faisanes y borrachos de Johannisberg.

Estaban fastidiados al fin de aquel obligado contacto con las conveniencias sociales descuidadas, al sentirse como presos en la propia miseria, dentro de aquel palomar lleno de andrajos y de malos olores. Y no pudiendo pegarla con nosotros, la pegaban con ellos mismos. Ya por la mañana á las ocho la habían emprendido á bofetones y á patadas dos aldeanos celosos de la negra, y el capitán los había mandado á los dos á la argolla del terrado de entrepuente, obligándoles á estar rígidos, uno enfrente del otro, tocándose por las narices; y habiéndose pe-

gado allí también, los había encerrado en dos rincones. Además, la boloñesa, ofendida por una mala contestación del panadero de á bordo, le había largado un cachete mayúsculo, por lo cual habíala llamado el comisario. Y, como sucede siempre, porque el ejemplo es contagioso, habían surgido otras quimeras; algunas mujeres tenían el moño deshecho y la cara arañada. Los niños, por su parte, se peleaban enroscándose ocho ó diez á un tiempo, y rodaban sobre el tablado en revuelto grupo, que los padres corrían á separar prodigando azotes y puntapiés á ciegas, y cargándose de injurias entre sí. La irritabilidad había invadido hasta la cocina, donde, por rivalidad en la venta del contrabando, había estallado una furiosa disputa entre el cocinero y los pinches, que se oía en toda la proa, acompañada de un furioso estrépito de cacerolazos.

* * *

Para nosotros, las cosas se pusieron mal en el almuerzo, que fué malo y resultó peor por el silencio y el ceño trágico del capitán, el cual estaba preocupado con un negocio bastante grave, á más de aquel de los cuarenta y sie-

te. Una hora antes se había presentado con mucha dignidad la madre de la pianista, y había hecho una protesta en toda forma contra las escapadas nocturnas de la señora suiza, la cual, á horas increíbles, pasaba muy ligera de ropas por delante de su camarote, al contiguo de ella, con gran escándalo de la muchacha; pero no era lo peor el escándalo, sino que esto sucedía siempre que enviaba á su marido á estudiar el cielo estrellado y se quedaba sola en el camarote. En esto debía servir de intermediario alguna persona de la servidumbre; á popa no se hablaba de otra cosa; aquello no podía durar; el señor capitán hubiera debido poner remedio. Y el capitán, atacado en su lado más débil, había echado sapos y culebras, y prometido bajo juramento decir cuatro palabras á aquel buho de profesor, y á la señora, si llegaba el caso, y á aquel ó á aquellos á quienes tuviera que hacer entender que el barco no era lo que ellos se figuraban, y que estaba dispuesto á conseguir que se respetase la decencia; vive Dios! aun á costa de poner marineros de centinelas en los corredores. Y había dicho solemnemente al terminar:—*No quiero porquerías á bordo.*

Era, pues, de esperar una escena; durante todo el almuerzo no hizo mas que lanzar miradas de Torquemada á la señora rubia, á quien otros miraban también hablándose al oído sin que

ella advirtiera nada. Envuelta en una deliciosa chaqueta color de tórtola, más fresca y más avispada que nunca, llenaba el oído á su marido de charlatanerías y de trinos, sonriendo á todos sus amigos con dulces ojos de inocencia, semejantes á dos hermosas ventanas de una sala vacía, mostrando de mil maneras sus blancos dientes, sus manos pequeñas, el brazo torneado, el alma compasiva. Y después del almuerzo volvió á empezar sus paseos sobre cubierta, interrumpido para desaparecer de improviso; á lo que seguían reapariciones esperadas, ignorante, la pobre, de la espada de Damocles que pendía sobre sus rubios rizos; de este modo, más viva y más alegre cuanto más crecía el fastidio que la rodeaba, y como animada por un ardor de heroína que alentase á unos sitiados que estuvieran ya *in extremis*, diciendo con los ojos que no podía hacer más en sacrificio de la humanidad doliente, pero que hacía cuanto podía. No había duda de que había entrado en serias relaciones con el argentino; pero el tenor y el toscano no estaban del todo abandonados, y, al parecer, el Perú estaba próximo á entrar en la confederación.

Pero á eso de las tres se marchó para no volver ya á subir, y habiendo desaparecido aquel único rostro alegre, la sombra cayó otra vez sobre cubierta, más sofocante que anteriormente.

Por un momento, sin embargo, nos distrajo un aventura cómica que le ocurrió al abogado. Venciendo su instintiva repugnancia por el agua salada, había ido á darse un baño, y, una vez dentro de la tina, había dejado que el agua le llegase hasta el pecho; pero cuando luego alargó la mano para cerrar la llave, sea que ésta no girase bien ó que por turbación no la manejase en el sentido que debía y la echase á perder, el hecho es que no logró mas que dejar salir otro chorro más fuerte, una verdadera columna de agua impetuosa, que en pocos minutos llenó el recipiente, inundó el camarote, le estropeó, la ropa y le hizo salir medio vestido, con la barba chorreando y un pavor de naufrago. Le vimos pasar corriendo por la plazoleta, gritando á los camareros que fueran á cerrar, que el barco se iba á pique. Pues esto no fué mas que un relámpago que apenas hizo sonreír á cinco ó seis personas. Habiendo aumentado el calor, y haciéndose pestífero el olor que venía de los dormitorios de tercera, la mayor parte de los pasajeros transportaron su cuerpo medio estropeado, de la cubierta al salón, donde se extendían por los divanes ó alrededor de las mesas. ¡Oh! ¡Qué gente más insoportable! Conocía yo las actitudes y los menores gestos habituales de todos, y los títulos de todas las novelas que se leían hacía dos semanas, y la nota musical del bostezo de

cada uno. Creía asistir por centésima vez á una estúpida representación de un teatro mecánico.

No era ya aburrimiento, sino una verdadera melancolía que me oprimía el corazón. No se veían allí mas que caras alargadas, frentes hundidas entre las manos, ojos velados é inmóviles; la pianista tocaba no sé qué música fúnebre; el brasileño fué á rogarla respetuosamente que se callase, porque su mujer, acostada en la litera, padecía un terrible ataque de nervios: la joven cerró el piano con un golpe seco, y se marchó. El agente me dijo que la señora gruesa lloraba en su camarote. ¿Por qué? No lo sabía. Efectos del Capricornio. También una joven de la familia, vestida de luto, en segunda clase, lloraba. En un rincón empeñóse de pronto una agria disputa entre un argentino y el marsellés, porque el primero decía que desde el observatorio de Marsella no se podían ver mas que dos estrellas del Centauro, las que marcan la cabeza y el hombro, mientras el otro sostenía que se veían todas ellas. — ¡Las siete, caballero, las siete! — Pero es un absurdo. — ¡Caballero, tiene usted unos modales!...

La presencia del capitán, que con adusta mirada parecía buscar á alguno, los apaciguó. La sala volvió á caer en fúnebre silencio.

No pudiendo resistir más, salí para dirigirme á la tribuna del comandante. Pero aun

estaba en el paso cubierto cuando oí un grito de espanto y ví que mucha gente se aglomeraba al pie de la escalerilla del puente.

Un niño, que había subido hasta el último peldaño, se había precipitado desde allí, dando con la cabeza en el suelo. Creyéndole muerto, su madre se arrojó sobre él con desesperación, y estrechándolo en sus brazos empezó á dar gritos como una loca.

— ¡Me lo han tirado al mar! ¡Me lo han tirado al mar! ¡Pobrecito mio! ¡Hijito mio! — Y hacía como si lo defendiera, amenazando á todos, rechinando los dientes, separando á la multitud. Llegó el médico y envió á la madre y al hijo á la enfermería. Este accidente suscitó un gran cúmulo de lamentaciones contra el barco, que estaba lleno de peligros, y contra la dirección, que no ponía un marinero de guardia en la escalera. El viejo del gabán verde se puso á declamar rabiosamente en el castillo de proa con la cabeza descubierta y el dedo índice levantado. Pero otros contratiempos se sucedieron. El escribanillo, cuyo crédito á proa había realzado la escena de los besos, porque consideraban el acto como una afrenta inferida « á la princesa », llevaba dos días asaltado de cumplimientos grotescos, como si hubiese ido más adelante de lo que había ido en realidad (y ya puede pensarse hasta dón-

nada entre las manos, mostrando los cuellos secos y rugosos, que revelaban cincuenta años de sufrimientos sin compensación. Mientras yo estaba mirándoles, una mujer embarazada cayó con un accidente sobre la cubierta acristalada de la compuerta del dormitorio, ocultando la pálida faz en los brazos de su vecina. Y de pronto se oyeron cien voces:

—¡Ha muerto una mujer!

—¡Ha muerto una mujer! Yo me fuí.

*
* *

¿Adónde ir? Faltaban seis horas eternas para que fuese de noche. Volví al salón y empecé á hojear el álbum de á bordo en que habían escrito varios pasajeros; pero estaba plagado de necedades, de lugares comunes y de mentiras.

Entonces bajé al camarote, como último refugio, para intentar dormir. Pero el camarote me parecía más estrecho, más asfixiante, más odioso que jamás me había parecido. Los pasajeros debían haber bajado casi todos; sin embargo, no se sentía á ninguno, como si aquellas cien paredes de madera no encerrasen mas que cadáveres. No se oía mas que la salmodia lamentable de la negra, como un canto solitario camino de una necrópolis. Y me parecía que

me pesaban en el alma, no sólo los míos, sino todos los tedios, todos los recuerdos amargos, y los afectos lacerados y los tristes presentimientos que había amontonado al aire libre entre aquellos mil seiscientos hijos de Italia que iban á buscar otra madre al lado allá del Océano. Y era inútil que tratase de tranquilizarme, analizando el estado de mi ánimo, para demostrarme á mí mismo que no tenía un motivo para verlo todo hosco aquel día como los demás, mientras, por el contrario, y al revés de todos los demás, lo veía todo de buen aspecto. Los pensamientos adustos, tenidos por un momento con un esfuerzo fuera de la mente, volvían, apenas cesaba aquella, como la onda de un torrente, é invadían todos los rincones. No sé cuánto tiempo permanecí bajo aquellos pensamientos; al cabo me dormí. Pero tuve un sueño horrible: mi casa de noche—un vaivén de luces y de caras que no conocía—un ronquido en un cuarto cuya puerta no podía encontrar— y luego, cambiada la escena en un abrir y cerrar de ojos, un grito espantoso:—¡Sálvese quien pueda!—y el desorden desesperado de una embarcación que se hunde en el abismo...

En aquel momento, un fuerte ruido me despertó. No puedo decir si había dormido tres horas ó cinco minutos. En el camarote brillaba un rayo de sol. Crecía el rumor sobre mi cabe-

za. Era un vocerío de gentes que se llamaban por su nombre, ruido de pasos precipitados, una confusión como el anuncio de un peligro. De un salto salí fuera; de todos los demás camarotes salían corriendo los pasajeros y se lanzaban hacia la escalera. Subí sobre cubierta y me encontré rodeado de gente. Miré hacia proa: cuanto tenía vida en lo más profundo del barco, había salido fuera; una especie de pantano negro corría de un extremo á otro; todos se arrojaban contra el parapeto de la derecha, subían sobre los cabos capones en las serviolas de las anclas, sobre los bancos y sobre las escalas de cuerda, mirando al mar. No veía nada; un baluarte de espaldas me ocultaba el horizonte. Interrogué á dos que pasaban, que escaparon sin contestarme. Entonces subí al entrepuente.

*
* *

¡Ah! ¡Bendita aparición! ¡Divina cosa la que ví! Un barco enorme y negro, con gallardetes y banderas, venía majestuosamente hacia nosotros, surcando el mar azul bajo el cielo limpiísimo, con la proa alta y las velas hinchadas, dorado por el sol, echando humo, alegre, que pa-

recía haber surgido como un prodigio desde el seno del Océano. Era el *Dante*, de la misma *Sociedad de Navegación* que el *Galileo*, procedente del Plata, con rumbo á Italia, cargado de emigrados que volvían á la patria. Era la primera nave grande que encontrábamos desde la salida del Mediterráneo y era un hermano.

A cada resoplido de sus grandes chimeneas estrelladas se agigantaba y aparecían más claramente las mil figuras humanas que le coronaban. Las dos muchedumbres, como locas, sobre ambas proas, se miraban en silencio, pero todos se estremecían. El *Dante* se nos aproximó tanto, que una ondulación inesperada nos hizo girar con violencia. Cuando estuvo lo más cerca posible, al alcance de nuestras voces, presentándonos toda la longitud de su soberbio costado, un fuerte grito, prolongado por mucho tiempo, estalló casi al mismo tiempo en ambos grupos, acompañado por un frenético ondear de sombreros y pañuelos; un grito interminable de augurio y de despedida, de tonos extraños, diferente de todo otro grito del pueblo, que no se ha oído nunca, una aglomeración de voces violentas y trémulas en que se esparcían y confundían las tristezas del viaje, el recuerdo de la patria, la alegría de tornarla á ver en breve, la esperanza de volver á ella algún día, la admiración y la alegría afectuosa de encontrar her-

manos, oír la voz y el aliento de Italia en la soledad del inmenso Atlántico. Fué cosa de pocos momentos. Unos minutos después, el *Dante* no fué mas que una mancha negra en el azul, coronada por las mil cabezas confusas de sus pasajeros. Pero aquella rápida visión lo había cambiado todo á bordo del *Galileo*; había resucitado la esperanza de buena fortuna, despertado los cantos, las risas, la benevolencia, la vida.—¡Señor!—oí que decían á mi lado.—Me volví; era la joven de Mestre que tocaba en el hombro al garibaldino con el abanico. Volvióse aquél, y la muchacha, con el rostro como iluminado por un relámpago del alma, señalándole con la mano descarnada el buque que se alejaba, le dijo con su voz dulcísima:

--¡Ahí va la patria!



XVII

IN EXTREMIS

A la mañana siguiente saludáronse todos sobre cubierta con las mismas ó parecidas alegres palabras:

—¡Tres días aún!

—Estamos en lo último.

—¿Conque pasado mañana?...

¡Es extraño! ¡Qué benevolencia no acostumbrada entre los pasajeros! Nació en gran parte del pensamiento de que ya al poco tiempo se verían libres unos de otros. El tiempo era bueno, el aire tibio; la proa parecía un pueblo en día de fiesta. Andando, encontré al marinero jorobado, meditabundo, que tenía en la mano un par de botas; me paré un poco, y me dijo en voz baja: